



BOURGE

EL

DISCIPULI

PQ2 199
D58



1020026129



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

EL DISCÍPULO

Núm. Clas. N
Núm. Autor B 772 d
Núm. Adq. 29799
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó Ly
Catalogó _____

PAUL BOURGET

EL DISCÍPULO

VERSIÓN CASTELLANA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

098287

29799

MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

10, Calle de Campomanes, 10.

1916

29799



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Esta obra es propiedad
de sus editores, y queda he-
cho el depósito que marca
la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.

A UN JOVEN

Quiero dedicarte este libro, joven de mi país; a ti, a quien conozco perfectamente; bien que desconozca tu pueblo natal, tu nombre, tu familia, tu fortuna y tus ambiciones; todo, menos la circunstancia de que has pasado de los diez y ocho años y no has cumplido los veinticinco y la de que buscas en nuestros libros, los libros de tus hermanos mayores, respuestas para las preguntas que te mortifican. Y de las repuestas halladas en estos libros depende en algo tu vida moral y acaso un poco de tu alma. Y tu vida moral es la vida moral de la Francia misma, tu alma es su alma. De aquí a veinte años, tú y tus hermanos tendréis en poder vuestro la fortuna de esta patria querida y vieja, nuestra madre común. Seréis vosotros la patria misma. ¿Qué habrás recogido tú? ¿Qué habréis vosotros todos recogido de nuestras obras? Pensando en esto no hay escritor honrado, por insignificante que sea, a quien no espante su responsabilidad.

En *El Discípulo* hallarás el estudio de una de esas responsabilidades. Quiera Dios que veas en el libro una demostración de que el amigo que te dirige estas

líneas posee, a falta de otros merecimientos, el de creer profundamente en la seriedad del arte. Ojalá halles también en estas líneas la prueba de que su autor piensa en ti con ansiedad y con empeño. ¡Oh, sí, en ti piensa, en ti piensa y hace ya mucho tiempo: desde la época en que comenzabas sin duda a deletrear, mientras nosotros, los que hoy nos acercamos a los cuarenta años, garrapateábamos nuestros primeros versos y nuestras primeras líneas de prosa, al ruido del cañón que retumbaba sobre París.

En aquel tiempo no se vivía por cierto alegremente en nuestros cuartos de colegiales. Los mayorcitos habíanse partido a la guerra, y nosotros, los que permanecíamos en el colegio, sentíamos, desde el fondo de nuestras aulas a la sazón casi desiertas, cómo pesaba sobre nosotros el deber sagrado de levantar y restaurar la patria.

Todos nosotros te invocábamos frecuentemente entonces, joven de ahora, durante aquel funesto período de 1871; te invocábamos a menudo cuantos queríamos consagrar nuestros esfuerzos a las letras.

Mis amigos y yo repetíamos aquellos hermosos versos de Teodoro de Banville:

Vous en qui je salue une nouvelle aurore,
 Vous tous qui m'aimerez,
 Jeunes hommes des temps qui ne sont pas encore.
 Oh bataillons sacrés (1)!

- (1) Vosotros en quien vemos nacer un nuevo día,
 y de quienes mañana seremos estimados.
 ¡Oh jóvenes de tiempos que no son todavía!
 ¡Batallones sagrados!

(N. del T.)

Deseábamos que esa aurora nueva del mañana fuera tan resplandeciente como la nuestra había sido melancólica y oscurecida por vapores de sangre. Anhelábamos lograr y merecer que nos amaseis, vosotros nuestros hermanos menores, nacidos la víspera, dejándoos algo que os permitiera valer más de lo que nosotros valíamos. Nos decíamos a nosotros mismos que nuestra principal tarea era la de rehacer para vosotros una Francia nueva, por virtud de nuestros actos privados y públicos, por obra de nuestro fervor y de nuestro ejemplo; una Francia reconquistada a la desdicha; una Francia reconstruída en su existencia exterior y en su existencia interior. Aun siendo entonces muy jóvenes nosotros, sabíamos, de haberlo oído a nuestros maestros, y esta fué su mejor enseñanza, que los triunfos y las derrotas del exterior traducen siempre los merecimientos o las insuficiencias del interior; sabíamos que la resurrección de Alemania en los albores del siglo había sido, ante todo, una *obra del alma*, y comprendíamos que el *alma de Francia había sido la herida gravemente en 1870*, a la que era necesario levantar, prestar cuidados y curar. No éramos solos, en la generosa sencillez de nuestra adolescencia, en comprender que la principal crisis era entonces la crisis moral, la que ha sido siempre, pues en 1873 el más valiente de nuestros jefes, Alejandro Dumas, decía en el prefacio de *Le Femme de Claude*, dirigiéndose a los franceses de verdad, como yo me dirijo a ti, mi hermano menor: «Ten cuidado; estás atravesando tiempos difíciles... Acabas de pagar muy caro antiguas faltas tuyas y todavía no están pagadas todas. No se

trata de ser ingenioso, ligero, libertino, bromista, escéptico y calavera; basta ya de todas esas cosas, por algún tiempo al menos. Dios, la Naturaleza, el trabajo, el matrimonio, el amor, los hijos, todo esto es serio, muy serio, se yerguen ante ti. *Es preciso* que todo eso viva o que tú mueras.»

De esta generación, a la que pertenezco y a la que animaba esta esperanza noble de regenerar la sociedad, no puedo, en justicia, decir que lo haya conseguido ni que se haya ocupado con la suficiente atención y con el necesario exclusivismo en su tarea. Lo que sé es que ha trabajado mucho, sí, mucho. Sin mucho método ¡es verdad!, pero con una aplicación constante que me conmueve cuando considero lo muy poco que han hecho para ello los hombres del poder, ¡cómo hemos sido abandonados a nosotros mismos! y la indiferencia en que nos han tenido los que dirigían los negocios y a quienes no ocurrió nunca el pensamiento de estimularnos, de ayudarnos, de dirigirnos. ¡Ah! ¡Bien haya mil veces la valerosa clase media, la sólida y virtuosa burguesía que aun posee Francia! ¡Cuántos oficiales laboriosos! ¡Qué de agentes diplomáticos, hábiles y perseverantes! ¡Cuántos excelentes profesores! ¡Cuántos artistas insignes ha producido en el espacio de veinte años esa mesocracia! Oigo muchas veces decir: «Qué vitalidad la de este país! Sigue adelantando en circunstancias en que cualquiera otro moriría.»

Cierto, muy cierto; pero si Francia continúa marchando, efectivamente, hace veinte años, es debido, en primer término, a la voluntad firme de esa burguesía joven que lo ha aceptado todo para servir al

país. Esa juventud burguesa ha visto de qué modo los amos en un momento proscribían, en nombre de la libertad, sus más caras creencias; en qué términos políticos advenedizos utilizaban el sufragio universal como instrumento de dominio; por qué medios colocaban sus obscuras medianías en los puntos más preeminentes. Esa juventud ha soportado el sufragio universal, la más monstruosa y la más inicua de las tiranías; porque la fuerza del número es la más brutal de todas las fuerzas cuando ni aun tiene en su apoyo la osadía o el talento.

La juventud se ha resignado a todo, lo ha aceptado todo para tener el derecho de concluir su obra. Si nuestros soldados van y vienen, si nos respetan los demás países, si nuestra enseñanza superior adquiere desarrollo, si nuestras artes y nuestra literatura siguen afirmando el genio nacional, a esa clase media se lo debemos. Esa generación de soldados jóvenes no tiene, en verdad, victorias que registrar en su archivo; no ha sabido establecer una forma definitiva de gobierno, ni resolver los temerosos problemas de la política extranjera y del socialismo. Sin embargo, joven de 1889, no la desprecies. Acostúmbrate a ser justo con tus hermanos mayores. Gracias a ellos ha vivido Francia.

¿Cómo vivirá por ti? Esta es la duda que atormenta al presente a todos aquellos de tus hermanos mayores que han conservado la fe en el renacimiento de la patria. Tú no tienes para que te sirva de acicate y te dé aliento la vista de la caballería prusiana galopando victoriosa bajo los álamos de la tierra natal. Y de la horrorosa guerra civil solamente conoces las

pintorescas ruinas del *Tribunal de Cuentas*, donde los árboles extienden su vegetación exuberante entre piedras rojizas que toman las apariencias poéticas de palacios antiguos. Nosotros, por nuestra parte, no hemos podido considerar nunca que la paz del 71 haya arreglado definitivamente nuestras cuentas...

¡Cuánto me agradecería saber si piensas tú como nosotros! ¡Cuánto me gustaría tener la seguridad de que no te hallas dispuesto a renunciar a lo que ha sido el ensueño secreto, la consoladora esperanza de todos y de cada uno de nosotros, hasta de los que nunca han hablado de ella.

Pero no; tengo la absoluta certidumbre, la seguridad completa de que te sientes entristecido cuando pasas por delante del *arco*, por donde LOS OTROS han pasado, y te sientes triste aún cuando pases por allí acompañando a tu amante en una de las más hermosas noche del verano.

¿La abandonarías satisfecho para ir *allá*, si mañana fuera preciso? También estoy seguro de eso. Pero no es suficiente que sepas morir. ¿Estás resuelto a saber vivir? Cuando ves ese *arco de triunfo* y recuerdas la apopeya del *gran ejército*, ¿sientes no tener los alientos de los reclutas de entonces? Cuando recuerdas el año 1830 y las luchas gloriosas del *Romanticismo*, ¿experimentas la nostalgia del que no tiene, como tenían los de *Hernani*, una bandera literaria que defender? ¿Sientes al encontrarte con uno de los maestros de hoy, un Dumas, un Taine, un Leconte de Lisle, la emoción de pensar que está ante ti uno de los depositarios del genio de tu raza? Cuando lees libros como los que nosotros debemos escri-

bir cuando necesitamos pintar las pasiones culpables y su martirio ¿no deseas amar mejor que los autores de esos libros han amado? ¿Tienes ideales, querido hermano, más ideales que nosotros? ¿Tienes más fe que nosotros? ¿Tienes esperanza, más esperanza que nosotros? Si me contestas *sí*, dame tu mano y déjame decirte: *gracias*. Si me contestas *no*...

¡Si me contestas *no!*.. Existen dos tipos de jóvenes que veo ante mí en estos momentos, y que también verás tú, como dos formas de tentación por igual temibles y funestas. El uno es cínico y alegre; tiene veinte años, gasta la vida y cifra su religión toda en una sola palabra: gozar; que se traduce con esta otra: conseguir. Conságrese a la política o a los negocios, a la literatura o al arte, al *sport* o a la industria; que sea militar, diplomático o abogado, sólo en sí mismo piensa y sólo a sí se tiene por Dios, por principio y por fin. Ha tomado a la filosofía natural de estos tiempos la gran ley de la concurrencia vital y la aplica a la obra de su fortuna con un furor de positivismo que le convierte en un bárbaro civilizado, la especie de barbarie más peligrosa. Alfonso Daudet, que le ha visto con gran claridad y ha sabido definirle maravillosamente, ha bautizado a este joven de nuestra época con el nombre de *stuggler-for-life*, y el personaje mismo se nombra a sí propio: *fin del siglo*. El tal joven solamente estima el buen éxito, y como buen éxito solo juzga el dinero. Está muy convencido mientras lee esto que ahora escribo, porque ese joven me lee, como lee muchas cosas, aunque sea solamente para estar al tanto de todo lo que se dice, que estoy burlándome del público al trazar

ese retrato que bien pudiera ser el mío. Porque ese joven del presente es, a su modo, tan esencialmente nihilista, que todo eso de los ideales le parece en los otros una comedia, como lo sería en él, como lo es en él cuando considera conveniente engañar al pueblo para solicitar sus votos. Un joven de esa calaña es un monstruo, ¿verdad? Porque es ser un monstruo tener veinticinco años y por alma una máquina de cálculo al servicio de una máquina de placer. Y, sin embargo, menos temor me inspira por ti tal monstruo que ese otro que tiene todas las aristocracias del sistema nervioso, todas las del talento y que es un epicúreo intelectual y refinado, como el anterior era un epicúreo brutal y científico. ¡Y cómo abunda este nihilista delicado! ¡Y cuán peligroso es tropezar con él en el camino de la vida! A los veinticinco años ha dado vuelta ya a todas las ideas. Su espíritu crítico, precozmente despierto, ha comprendido los resultados últimos de las filosofías más sutiles de la edad presente. No le hables de impiedad ni de materialismo. Sabe ya que la voz *materia* no tiene significación precisa, y posee, además, inteligencia sobrada para admitir que todas las religiones han podido ser legítimas en su tiempo. Sólo que él ni ha creído nunca ni creará jamás en ninguna; bien así, como no creará nunca en nada que no sea el divertido juego de su espíritu, que ha transformado él mismo en instrumento de perversidad elegante. El bien y el mal, la belleza y la fealdad, los vicios y las virtudes son a sus ojos cosas solamente curiosas.

El alma humana, en su totalidad, es un mecanismo complicado que conviene desmontar alguna vez para

realizar experimentos. En su fuero interno nada hay que sea verdad ni mentira; nada es inmoral y nada es moral. Es un egoísta sutil y refinado, cuya ambición se reduce a idolatrar *su Yo* y a procurarle sensaciones nuevas, como ha dicho un observador de mucho entendimiento, Mauricio Barrés, en su primorosa novela *El hombre libre*, esa obra maestra de ironía a la cual falta solamente una conclusión. Para el joven de que te hablo, la vida religiosa de la humanidad no es más que un pretexto para experimentar determinadas sensaciones, como la vida sentimental, como la intelectual. Su corrupción es también profunda, pero de modo diferente; también es complicada como la del disipado brutal; pero también de diferente manera; y el nombre hermoso de *diletantismo*, con que adorna su corrupción, disimula y oculta su ferocidad fría, su sequedad horrible. ¡Ah! Todos nosotros conocemos muy bien a ese joven; todos nosotros hemos estado muy cerca de serlo, encantados por las paradojas de maestros muy elocuentes; todos nosotros lo hemos sido, un día quizá, acaso una hora. Y si yo he escrito este libro ha sido para demostrarte a ti que todavía no lo eres, ¡oh joven de veinte años en quien el alma está ya disponiéndose a adquirir formal, lo que ese egoísmo puede encerrar de perversidad en su fondo.

No seas tú, mi querido hermano menor, ni uno ni otro de esos dos jóvenes. No seas ni el brutal positivista que abusa del mundo sensual, ni el *sabio* desdenoso, precozmente aviejado, que abusa del mundo del sentimiento y de la inteligencia. ¡Que ni el orgullo de la vida ni el del entendimiento te conviertan

en un cínico ó en prestidigitador de ideas! En esta época de conciencias turbadas y de doctrinas contradictorias, acógete, como a puerto de salvación, a la frase de Cristo: «Es necesario juzgar al árbol por sus frutos.» Existe una realidad acerca de lo que no te es lícita la duda; la posees, la sientes, la ves constantemente: tu alma. Entre las ideas que te asaltan las hay que hacen a esa alma tuya menos apta para amar, menos capaz de querer. Ten por seguro, hermano mío, que esas ideas, por muy sutiles y muy ingeniosas que te parezcan, aunque estén sostenidas por los nombres más hermosos y adornadas con el más prodigioso talento, son falsas en algún punto. Exalta y cultiva en ti mismo dos grandes virtudes, dos grandes energías, fuera de las cuales hay sólo quebrantamiento presente y agonía final: *la voluntad, el amor.*

La ciencia de hoy, la sincera, la modesta, reconoce que en el término de su análisis se extienden y dilatan los dominios de lo desconocido. Littré, ese anciano que fué un santo, habló admirablemente de ese océano de misterio que contemplamos delante de nosotros, real y para el que no tenemos ni barcos ni velas. A los que te aseguren que detrás de ese océano existe solamente el vacío, el abismo de la negrura y de la muerte, contéstales sin vacilar: *usted no lo sabe.* Y ya que tú sabes, y ya que tú demuestras que hay en ti un alma, trabaja para que esa alma no muera en ti antes de que tú mueras. Te lo juro, hijo mío; Francia ha menester que tú pienses algo ya. ¡Ojalá este libro pudiera ayudarte a pensarlo! No busques en él lo que no podrías encontrar, alusiones a sucesos recientes. La obra estaba ya planeada, y aun escrita en parte,

cuando dos tragedias, francesa la una y la otra europea, vinieron a testificar de que una misma perturbación de las ideas y de sentimientos invaden en este momento a los altos y a los humildes. Hazme la justicia de creer que no he querido explotar dramas que han hecho y hacen padecer aún a muchas personas. Los moralistas, cuyo oficio es investigar las causas, hallan en ocasiones analogías de situación, de las cuales deducen ellos que vieron con lucidez; entonces preferirían mil veces haberse equivocado. ¡Cómo y cuánto celebraría yo, para ponerme como ejemplo, que no hubiese existido nunca en la vida real personaje parecido, de cerca ni de lejos, al infeliz *discipulo* que da su nombre a esta novela! Pero, ¡ay!, si no lo hubiese habido, si no existiese todavía, no te hubiera yo dicho lo que acabo de decirte, ¡oh, joven de mi querida patria!, a quien tan de veras me holgaría de favorecer y por quien quiero con tanto anhelo ser estimado y merecerlo.

PAUL BOURGET.

París, Junio de 1889.



EL DISCÍPULO

I

UN FILÓSOFO MODERNO

En una leyenda que no ha sido desmentida, se dice que los ciudadanos de Kœnisberg adivinaron que un acontecimiento prodigioso trastornaba el mundo civilizado, solamente con advertir que el filósofo Manuel Kant variaba la dirección de su paseo cotidiano. El célebre autor de la *Crítica de la razón pura* había recibido en aquel mismo día la noticia de haber estallado la *Revolución francesa*. Aunque la ciudad de París no es terreno muy a propósito para admiraciones tan inocentes, algunos vecinos de la calle *Guy de la Brosse* experimentaron cierta tarde de Enero de 1887 un estupor semejante, viendo salir de casa, a eso de la una, á un filósofo menos ilustre que el viejo Kant, pero tan metódico y tan maníaco en sus hechos y en sus *gestas* como el filósofo de Kœnisberg, y acaso más demoledor en su análisis: al señor Adriano Sixto, a quien los ingleses designan espontáneamente con el nombre de *Spèncer* francés.